

ción es fiel en extremo, pues apenas si modifica la acentuación y la puntuación, según el uso moderno. En esta forma podemos deleitarnos con la lectura de textos arcaicos, ilustrados con notas, oportunas aunque escasas, que ayudan a la comprensión total de los mismos. Y, como corolario, un *Glosario* reducido nos ofrece la equivalencia moderna de términos demasiado añejos para su fácil asimilación. En síntesis, una obra meritoria, lograda con éxito y a satisfacción.

KARL BÜHLER, *Teoría de la expresión. El sistema explicado por su historia*. (Biblioteca Conocimiento del Hombre). Traducción de Hilario Rodríguez Sanz. Madrid, *Revista de Occidente*, 1950. 274 págs.

La *Revista de Occidente* nos ofrece, con una introducción de José Ortega y Gasset, la traducción de una de las obras principales del Profesor Karl Bühler, Director que fue del Instituto de Psicología de la Universidad de Viena.

El valor de esta obra es singular como que nos pone en contacto con uno de los aspectos más interesantes, aunque hasta hoy poco estudiado, del conocimiento del hombre: la expresión como índice de las fuerzas espirituales humanas. Reseñar esta obra, por esta circunstancia, no es tarea fácil ni que pueda dejar satisfechos al reseñador ni a los curiosos investigadores que tropiecen con estas notas. Así y todo, procuraré dar una visión global del libro, añadiendo al fin algunas observaciones personales sobre el contenido del mismo y sobre las peculiaridades de la versión del señor Rodríguez Sanz.

Se abre la obra con una Ojeada histórica, a través de la cual el Profesor Bühler ha querido ofrecernos una visión de conjunto sobre los aspectos que ha tomado el estudio de la expresión en la historia, especialmente del siglo XVIII en adelante. Viene luego la explicación de dos modalidades clásicas, sobre las que siempre se ha desarrollado la teoría de la expresión: se trata del estudio de lo *fisonómico* y de lo *patonómico* con relación, o como premisas fundamentales, a cualquier investigación sobre este aspecto de las ciencias antropológicas. Siguiendo los pasos de E. Kretschmer y Georg Christoph Lichtenberg, Bühler establece diferenciaciones bastante sutiles entre estos dos aspectos en que puede proyectarse el estudio de la expresión. Digo que en esto hay mucho de sutileza porque, aunque en el terreno de la *patonómica* amplía Bühler el proceso investigativo hasta "el conocimiento de los signos naturales de los movimientos del ánimo en todas sus gradaciones y combinaciones", no puede saberse a ciencia cierta hasta dónde llega el *fisionomista* con sus clasificaciones por tipos y en dónde debe comenzar la labor de la *patonómica* con su empeño por abarcar matices expresionistas que se escapan a los rígidos moldes consagrados por Lichtenberg. Sobre el particular son interesan-

tes las observaciones que hace Bühler a los trabajos adelantados por Goethe y Lavater en el terreno de la expresión (págs. 33-35).

Ya en el capítulo III, Bühler comienza el estudio crítico de los sistemas que se han ensayado para explicar las complejidades de la expresión humana. Johann Jakob Engel, con su teoría de la acción en la pantomímica, es el primero en presentarse a esta revisión crítica. Bühler no trata de disminuir el valor de las observaciones hechas por Engel en el terreno de la representación teatral. "El hombre — según Engel — tiene dos intenciones al hablar; quiere comunicar sus ideas sobre los objetos que le ocupan y quiere además participar el modo y manera en que esos objetos le afectan" (pág. 54). Estos axiomas volverán a aparecer en los sistemas elaborados con posterioridad a Engel, lo que realza la intuición del crítico alemán que vio, el primero, cómo el estudio de la expresión supone no tan sólo el análisis de mímicas o fisonomías dadas, sino el intento de alcanzar la misma realidad interna del hombre. La teoría, trabajada por Engel, de los movimientos de referencia, o "relaciones fundamentales que el hombre y los animales tienen para con lo presente, relaciones que se denuncian en su conducta espontánea y primaria" (pág. 56), es, sin lugar a dudas, la más positiva contribución a las ciencias de la expresión lograda hasta entonces. Esta teoría se concreta en las tres leyes formales: de la postura torcida del cuerpo, de la línea recta y de la evidente predisposición para la acción que el órgano ejecutor tiene. Esto se complementa con una clasificación de los movimientos en voluntarios, análogos y fisiológicos (pág. 62). Es interesante observar con Bühler la aparición, en la teoría de Engel, de aquellos principios que tanta importancia y novedad darían con el tiempo a la escuela behaviorista de análisis psicológico experimental.

La teoría de la respiración en la mímica del médico inglés Charles Bell, haciendo un contraste con la anterior, se ofrece en seguida al análisis del Profesor Bühler. Bell, objetivista en sus métodos como científico y como buen inglés, se coloca ante el problema de la expresión en un plano muy diferente del adoptado por Engel. Su interés no está en las vivencias íntimas sino en los hechos concretos que nos las insinúan. Por esto observa Bühler que "el historiador de la teoría de la expresión advertirá quizá que Miguel Angel ha sido para el anatómico-artista Bell, aproximadamente lo que los dramas de Shakespeare y su realización fueron como vivencia impulsiva para los observadores del teatro en el círculo de Engel" (pág. 70). Bell, en sus análisis, ha sido un fenomenólogo, y algo más, un evolucionista que tiene sus relaciones directas con el mismo Darwin. Por esto sus tesis, a más de ser originales, tienen proyecciones valiosas en el campo científico.

La teoría de Bell se funda en una triple división de las funciones del sistema nervioso central: 1º un sistema fundamental de enlaces nerviosos de los sentidos y los órganos motores del cuerpo con la medula

espinal y el cerebro; 2º la *respiratory-class* de las intervenciones que, según Bell, influye en la actividad respiratoria y en el funcionamiento del corazón; y 3º el sistema comúnmente conocido como *simpatético* (págs. 72-73). De la actividad de este complejo de sistemas, especialmente del segundo, hace depender Bell el proceso expresionista en el hombre y, desde luego, en el animal. Bühler trae una cita de Bell que no deja lugar a dudas en cuanto al pensamiento del científico inglés: "... existe en el cuerpo un sistema (parcial) nervioso propio, que tiene por función influenciar los músculos al respirar, al hablar y al expresar (mímicamente)" (pág. 73).

Ya en el plano puramente evolucionista, Bell sostiene que todo movimiento expresivo de los órganos sensitivos o del cuerpo en general tiene un origen anatómico-fisiológico en sus finalidades. Sólo una evolución progresiva ha dado un valor expresivo a actividades del servicio respiratorio, del órgano bucal o del aparato mímico. Bühler, desde luego, advierte que en el pensamiento de Bell no entra el plan de despojar al hombre de sus atributos racionales; sólo supone que la actividad expresiva del hombre es en principio una actividad simplemente orgánica, capaz de significar, por influencias de la *r a c i o n a l i d a d*, cosas de un orden sentimental y anímico. "El principio racional del hombre — asegura Bühler — va supuesto y es aceptado; pero la organización corpórea del hombre queda definida y captada puramente con los rasgos de una línea evolutiva" (pág. 81). Los ejemplos explicativos de la teoría mímica, extraídos por Bühler del libro *The Anatomy and Philosophy of expression as connected with the fine arts*, de Charles Bell, son muy significativos y elocuentes.

Volviendo al fundamento del sistema elaborado por Bell, es interesante captar a través de sus propias palabras lo que él entendía como función expresiva del aparato respiratorio. "Hemos de considerar — dice — el órgano respiratorio en conexión con el corazón como instrumentos de la expresión y, por lo tanto, como una parte del sistema a cuya actividad se debe el desarrollo de los sentimientos, y el que éstos sean visibles para nosotros" (pág. 85). Y añade: "Si queremos ordenar y comprender por entero estos fenómenos y esos signos expresivos de la pasión, debemos reconocer, creo yo, que sus raíces no pueden hallarse únicamente en lo psíquico. Por extraño que parezca, hemos de atribuir esas acciones también al corazón y a los pulmones y a las otras partes del sistema respiratorio" (pág. 86). Como se ve, las conclusiones a que llega Bell en el desarrollo de sus principios son bastante avanzadas y, para los que creemos en el valor autónomo de la vida psíquica, resultan incluso inaceptables. Empero, no debe olvidarse que Bell tuvo, como médico y como científico de aptitudes excepcionales, un campo de observación muy rico y variado, por lo que no podemos negar, al menos en el plano de las apreciaciones científicas, el valor empírico de sus trabajos. Los adelantos posteriores de las ciencias, que han demostrado hasta la saciedad las implicaciones de la vida sensi-

va con las actividades psicológicas características del hombre, impiden una valoración negativa de las conclusiones logradas por Bell en el terreno de la expresión.

Th. Piderit sigue en la serie de teóricos de la expresión analizados por el Profesor Bühler. Su labor fecunda en este campo de investigaciones se concreta en el *Diccionario de los momentos fecundos*, con el que trató de "resolver el viejo problema de los movimientos mímicos de la cara y explicar fisiológicamente los embrollados fenómenos de la gesticulación" (pág. 91). Como base primaria de su sistema pone Piderit la orientación por el principio del placer, por lo que sostiene que "los movimientos musculares mímicos causados por representaciones agradables o desagradables se refieren a impresiones sensoriales armónicas (agradables) o disarmónicas (desagradables)" (pág. 95). Bühler sostiene la dependencia de Piderit con relación a Engel en este plano de la axiomática expresionista. Es problemático seguir paso a paso el camino de estas dos teorías de la expresión para deducir las vinculaciones reales o ficticias que las unen, pero, en todo caso, sí se nota en ambas una idéntica intención de explicar los fenómenos expresivos externos por medio de una interpretación que llega hasta el fondo de la psicología humana.

La idea realmente original de Piderit es la de establecer un *Diccionario de momentos fecundos*, que explique, "sobre el campo semántico de los síntomas tomados lexicográficamente" (pág. 99), el juego muscular de las zonas expresivas del rostro humano. Piderit fue un excelente fisionomista y como tal logró observaciones de acierto imponderable. Su lista de unidades lexicográficas, en la que entran todas las posibilidades mímicas del rostro humano, se resuelve en un doble campo de interpretación: el de los síntomas autosignificativos, que tienen un valor expresionista propio, y el de los síntomas cosignificativos que tienen, como en el caso de la mirada furtiva, un valor relativo de indicios.

La apreciación final que Bühler ofrece de la obra de Piderit es un indicio de la positiva contribución que éste llevó a la teoría de la expresión: "Piderit es el primer representante de una *teoría de la acción en el acaecer mímico*; soluciona el *enigma* de las contracciones musculares, sin sentido alguno a primera vista, con la hipótesis general de que los tres sentidos más importantes del rostro humano (ojos, nariz y sentido del gusto) reciben, merced a la contracción de los músculos, cierto enfoque en el cual se manifiesta su disposición para un servicio" (págs. 110-111).

El capítulo VI, dedicado a la crítica del análisis histórico-evolutivo de la expresión según Charles Darwin, es uno de los mejor logrados de la obra reseñada. La revaluación que hace Bühler de las tesis darwinistas sobre el particular es digna de aprecio por su equidad y por la certeza del análisis. Desde un plano puramente dogmático es casi forzoso negar todo valor a las conclusiones toca-

das de darwinismo, pero es oportuno ver cómo, en el terreno de las apreciaciones científicas, el investigador inglés procede con un cuidado y seriedad dignos de respeto. Lo importante es no dar a Darwin más valor del que realmente tiene: se trata de un científico concretado a las experiencias de laboratorio, por lo que es aventurado dar a sus tesis un valor filosófico trascendental que difícilmente pueden tener. En sus estudios sobre la expresión Darwin procedió como "un grande y sutil coleccionista y observador" (pág. 114), según Bühler, sin tener pretensiones de valor metafísico.

Como Engel y como Piderit, Darwin siente la necesidad de comenzar estableciendo ciertos axiomas que han de iluminar el proceso de sus observaciones. Los axiomas o principios darwinianos son tres: el de los hábitos conservados, el de la oposición o resalte y el de las influencias directas del sistema nervioso. Naturalmente no se trata de hallar la explicación de los complejos problemas expresionistas en estos principios, sino que Darwin los considera únicamente como *regulae ad directionem ingenii* (pág. 119). Bühler subraya, y con razón, las relaciones que tiene la teoría de la expresión en Darwin con los estudios fonéticos. Es natural que un investigador, que como Bühler ve en el problema del lenguaje una proyección más compleja que la que pueden tener los simples problemas expresionistas, haga hincapié en este aspecto de la teoría que él ha tratado con amplitud en su libro *Teoría del lenguaje*. Por lo demás, el valor de los experimentos realizados por Darwin con niños y animales es indiscutible, ya que así reunió un ingente material que haría desarrollar grandemente los estudios sobre la teoría de la expresión. Se ha criticado a Darwin su método pragmático exclusivista, así lo asegura Friedrich Theodor Vischer (pág. 133), que le impidió ver, como también le sucedió a Bèll, las relaciones del cuerpo con el espíritu en los seres humanos. Es natural que un sistema, así concientemente mutilado, no puede satisfacer los anhelos de un investigador integral en sus finalidades humanísticas: es decir, que deja en sus observaciones un lugar al orden de lo especulativo.

Bühler dedica a Guillaume Benjamin Duchenne y a Louis Pierre Gratiolet una parte de su obra, haciendo resaltar las contribuciones de estos teóricos franceses al problema de la expresión. El primero desarrolla sus investigaciones sobre la expresión en un plano de paralelismo con los estudios lingüísticos de Stumpf. Por esto encontramos como núcleo de su sistema la teoría de los ademanes sintéticos. Para Duchenne es fundamental la relación de la vida afectiva con los movimientos expresivos, especialmente cuando se trata del rostro humano; de ahí su empeño por reducir a síntesis constructiva todas las emociones íntimas, encontrando así una explicación a fenómenos mímicos de caprichosa formación. Gratiolet, por su parte, es el padre del impresionismo científico en esta clase de investigaciones. Con un criterio más sutil que el de Engel, distingue los movimientos en

prosbólicos “que enfocan los órganos de los sentidos y los adaptan para recibir algo” (págs. 143-144); simpatéticos, que suponen la colaboración de todos los órganos en el movimiento; simbólicos, que corresponden a representaciones en la fantasía, y, además, metafóricos, que son como el reflejo de las íntimas vivencias humanas. Dice Gratiolet: “El gesto humano está lleno de elementos metafóricos... y quiero hacer aquí una aclaración trascendental; esto es, que las metáforas espontáneas del gesto se encuentran, traducidas instintivamente, en el lenguaje humano hablado” (pág. 147).

La psicofísica de la expresión de Wilhelm Wundt sigue en la exposición crítica del Profesor Bühler. He aquí su tesis central: “Si la etimología del lenguaje hablado se ha de contentar con indagar los orígenes de la formación de las palabras que considera vigentes históricamente e inderivables, mas por ello inexplicables, la etimología de un gesto, por el contrario, se habrá explicado cuando conozcamos su significado psicológico y su conexión con los principios generales de los movimientos expresivos” (pág. 152). Quiere decir esto que Wundt reconoce el mutuo influjo de factores físicos y espirituales en la vida del hombre. Una verdad evidente que se encuentra más o menos diluida en los sistemas anteriormente analizados. El axioma central de la teoría en Wundt es claro: “A cada variación de estados psíquicos van unidas simultáneamente variaciones en los procesos físicos correlativos” (pág. 154). Bühler critica la posición adoptada por Wundt por lo categórica y por la fuerza que pretende hacer sobre el desarrollo natural de los momentos expresivos humanos. Que la vida afectiva, como factor de orden espiritual, influye en la expresión humana, es cosa evidente; pero esto no quiere decir que los movimientos exteriores del hombre sean algo así como una calcomanía de su vida interior. Afirmarlo, como parece hacerlo Wundt, es llevar las cosas a un terreno inaceptable. En cambio, encuentra Bühler dignos de consideración otros aspectos de la teoría de Wundt: su clasificación de los fenómenos expresivos en *mímica* (cuando se trata del rostro), *pantomímica* (tratándose del tronco y las extremidades) y “dominio tributario del ministerio del interior” (pág. 157) y su teoría de la acción como interpretativa de los hechos humanos. “Wundt — afirma Bühler — puso el dedo en la llaga del proceso muscular y trató de coordinar ese proceso muscular a la sensación de los sabores — apareciendo así aquél en la conexión objetiva, no después de ésta en el orden del tiempo, sino antes, o, por lo menos, en un plano de paridad” (págs. 163-164).

Corresponde el último lugar, en la revisión de teorías de la expresión lograda por el Profesor Bühler, a la teoría de Ludwig Klages, a quien podemos considerar como el metafísico de la expresión. En cierta forma, el libro de Bühler se endereza a hacer resaltar el valor de los puntos de vista del investigador alemán Klages. A lo largo de la crítica adelantada a propósito de los anteriores sistemas, siempre aparece Klages como un punto de referencia ejemplar y como una finalidad teórica codiciable.

Los predecesores de Klages se habían regido, en una forma más o menos patente, por principios genético-explicativos en la solución del problema de la expresión. Bühler hace notar cómo en Piderit, Gratiolet y Darwin (pág. 180) comienza a evidenciarse una cierta inconformidad con este método. Sin embargo, sólo fue Klages el que, con relativa posterioridad, comprendió que el problema de la expresión era susceptible de ser considerado desde un punto diferente: el de la analogía. Como se ve, se trata ya de una concepción filosófica, si damos al término un sentido amplio, que no va a contentarse con simples datos de experiencia, sino que proyectará la teoría expresionista en un plano de trascendencia metafísica. "Klages — dice Bühler —, pensador romántico, aparta la intrusión de consideraciones genético-explicativas, hipotéticamente ajenas al asunto, en el conocimiento puro de una cosa, que padece sólo lo analógico y lo simbólico como categoría, al estilo de los románticos" (pág. 180).

Sobre el fundamento de la analogía, Klages desarrolla su teoría que halla su más exacta concreción en dos interesantísimos esquemas o modelos (págs. 186 y 193), según los cuales pretende explicar las sutiles y complejas relaciones de lo instintivo y voluntario en el momento expresivo humano. A propósito, son interesantes las observaciones que hace Klages a la tesis de los movimientos de referencia, elaborada por Engel, y al behaviorismo psicológico tan en boga. El análisis dinámico y teleológico de los movimientos adquiere en Klages momentos de veracidad sorprendente. He aquí un ejemplo: "El movimiento de la expresión no tiene nunca objetivo, e incluso en muchos casos está en pugna con el fin, como lo demuestra el golpe sobre la mesa, que tiene por resultado tirar el tintero. Si tomamos esto por motivo para llamar ciego al ímpetu que causó la descarga, no debemos olvidarnos de que no por ello está menos pleno de sentido. Con esta limitación podemos formular que el movimiento voluntario apunta a algo previamente propuesto; pero el movimiento expresivo sigue a un estímulo de la impresión" (pág. 189).

Bühler adelanta una crítica razonada a las tesis de Klages por considerarlas peligrosamente simbolistas y deficientes en sus proyecciones lógicas. Según él, "lo irrealizable será siempre el intento de Klages de poner en relación directa la expresión del primitivo con la acción del *homo rationalis*. Esto nos lleva a una construcción torcida y a todo género de dificultades... Pues de hecho hemos de aprehender la expresión siempre mediante la abstracción, lo mismo si la tomamos de la conducta primitiva o de la más racionalizada... La lógica de Klages tropieza, al hacer valer el principio fundamental del relieve abstracto para un término de la comparación, pero no para el otro. Es sencillamente inaceptable hacer entrar en la metáfora como miembros de igual valor, en un lado la totalidad, y en el otro un momento parcial logrado por abstracción; únicamente puede compararse el todo con el todo o momentos parciales entre sí" (pág. 202).

El libro de Karl Bühler termina con un capítulo dedicado al estudio del presente y porvenir de la teoría de la expresión. Ante todo dedica Bühler algunos apartes a la consideración del análisis behaviorista. A lo largo de la obra se tropieza más de una vez con alusiones a esta manera de enfocar los problemas relacionados con la expresión humana. Según el behaviorismo, "el alfa y el omega de una teoría de la acción en la expresión lo constituyen unas preguntas y respuestas acerca del carácter de totalidad de la acción. El observador ha de ver claro y darse cuenta de cómo y por qué es capaz de captar como una totalidad a esto o lo otro en el fluir de los acontecimientos visibles; esto constituye el alfa (metódico). En último término, también se exigirán respuestas a la pregunta sobre el fundamento real de la homogeneidad del acaecimiento que llamamos acción; esto es el omega (objetivo). Y aun entre el uno y el otro quedan muchas cosas por considerar" (pág. 224).

Cumplido este deber con el behaviorismo, Bühler nos da noticia de una obra capital en los estudios expresionistas de nuestra época: se trata del libro titulado *Gesicht und Seele* de Philipp Lersch, publicado en 1932. Es algo así como una coronación de la obra emprendida por Piderit con su *Diccionario de momentos fecundos en el proceso mímico*. Lersch desarrolla sus tesis partiendo de una clara distinción de direcciones de referencia en el sujeto de todo movimiento expresivo: disposición para recibir y disposición a la acción. "Pues — según él — en el *mirar* y en el *observar* se traducen dos posturas vitales esencialmente distintas, en cuanto modos diversos de la referencia óptica de un hombre para con el contorno. En la segunda está el hombre frente a un contorno, provisto de intenciones, calcula con mirada reflexiva y evaluadora, el mundo es para él una cosa que hay que dominar y vencer... El hombre que observa se halla siempre con una cierta preparación para la acción; en cambio, la postura del mirar supone lo que podría llamarse preparación pática. El hombre que mira está frente al mundo como un niño: recibiendo, esperando, sin intención conciente" (pág. 239).

Finalmente, Bühler hace un recuento de la contribución de los investigadores norteamericanos a los estudios sobre la expresión. Entre éstos, cita en primer lugar a Carney Landis, quien no contentándose con las experiencias y con las simples especulaciones, proyecta el contenido de sus análisis sobre el plano de lo social. Su tesis es interesante: "Hay que situar en primer plano la función social de los gestos (con el momento del aprendizaje) de un lado, y el enraizamiento de la expresión en la conducta práctica total del individuo, por otro" (pág. 242). Otro teórico americano es el destacado fisiólogo Cannon, a quien se debe la determinación de las funciones de alarma y protección desarrolladas por el plexo craneal y por los sistemas parasimpático y sacro. Por último viene la crítica de la llamada orgánica cruzada, sobre la que han trabajado cien-



tíficos como Cannon, William James y Lange. Con Bühler puede esbozarse el contenido de la teoría: "... los grandes aparatos de los sentidos, que pertenecen en su descripción anatómica y fisiológica al servicio exterior, son llamados por el servicio interior, y las glándulas de la digestión, que pertenecen al servicio orgánico interno, son llamadas por elementos exteriores de la situación general" (pág. 249).

El libro del Profesor Bühler termina con un efusivo reconocimiento de la obra de Charles Bell, considerándolo como el autor de una teoría de la expresión que sería el fundamento para todas las investigaciones posteriores sobre la materia.

Cumplido así el plan de reducir a apretada síntesis el contenido de un libro de suyo denso y complicado, voy a añadir algunas observaciones de carácter que quiero llamar personal. El libro de Bühler más que una teoría sistemática de la expresión es el recuento histórico-crítico de los diversos puntos de vista adoptados por los especialistas, comenzando por el mismo Aristóteles, con relación a los problemas anejos a la expresión humana. Como observa Ortega y Gasset, en sus líneas introductorias, el propósito implícito de Bühler de elaborar una teoría propia de la expresión se diluye en el afán histórico característico del libro. "Hubiera sido preferible — anota el maestro de la filosofía española contemporánea — separar la historia de las ideas sobre la expresión de la teoría o doctrina que Bühler considera como actual y fehaciente" (pág. 9). Así y todo, Bühler subraya a través de su libro la importancia del pensamiento de Ludwig Klages sobre el problema de la expresión, dando ocasión para pensar que, según él, fue Klages quien mejor comprendió los aspectos varios del problema. La contribución de Bühler, que se manifiesta a través de sus críticas a los sistemas analizados, queda por lo anotado en un plano bastante difuso como para poder precisar su punto de vista. Además, y esto tiene que ver con la versión española de Rodríguez Sanz, dificulta en gran manera la comprensión del texto la traducción, deficiente por muchos aspectos. Tengo la impresión de que el traductor siguió demasiado literalmente el texto alemán y así nos ha ofrecido una versión dura, oscura y, en muchos puntos, inaceptable como muestra de prosa castellana. Esta circunstancia hace disminuir el valor de una obra que como la de Bühler, mejor comprendida y en consecuencia mejor vertida al castellano, hubiera sido una positiva contribución a la difusión de temas apenas conocidos en nuestro medio intelectual y científico. Con todo, no puede desconocerse el esfuerzo hecho por ofrecer a los lectores de habla española uno de los trabajos más completos, si no es el más perfecto, sobre el problema de la expresión. Con un poco de disciplina, que se reducirá al mínimo en aquellos que conocen ya estos problemas, la lectura del libro del Profesor Bühler puede ser no sólo provechosa sino fecunda en luces y en riqueza de panoramas.

CARLOS VALDERRAMA ANDRADE.